

ÓSCAR A. ROMERO

“La Iglesia
no puede
callar”

TEXTOS INÉDITOS (1977-1980)

JESÚS DELGADO (comp.)



ÓSCAR A. ROMERO

«LA IGLESIA
NO PUEDE CALLAR»
TEXTOS INÉDITOS (1977-1980)

JESÚS DELGADO (COMP.)



Diseño: Estudio SM

© 2015, Editrice Missionaria Italiana

Via di Corticella 179/4

40128 Bologna

© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, SA

Impresores, 2

Parque empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2811-6

Depósito legal: M-11.207-2015

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Mons. Vincenzo Paglia	7
INTRODUCCIÓN	13
Mons. Romero fue un profeta	13
La correspondencia	14
Técnica	15
Este libro	17
Ordenación y uso del material	18
1. PENSAMIENTOS	21
La Iglesia en que vivimos	21
El ministerio que se me ha confiado	28
Cruz: tiempo de esperanza	33
Semillero de cristianos	38
En una Iglesia mártir	50
Conversión	53
Profeta y servidor	56
Con amor	57
Con firmeza	58
Con la Iglesia universal y en la Iglesia particular	59
Con paciencia	61
Pastor	67
En una sociedad pecadora	69
Con espíritu de fe	70

Con humildad	71
Hasta morir con Cristo	73
Sacerdote	79
Los laicos	87
Adheridos al magisterio	92
La oración	99
Sentir con la Iglesia	103
2. CONSEJOS	115
Convertir en apostolado nuestra vida	
y existencia	115
No vivir aislado	115
Practicar el discernimiento	116
Sin odios	117
Poner los ojos en Cristo	117
Ser luz y sal	118
Caminar cuesta arriba	119
Buscar el rostro de Cristo en los humildes ..	120
Palabra, vida y sacramento	122
Participar en la misa	123
Estudiar la Palabra de Dios	124
Acogerse a la Virgen María	125
Soledad y soledades	126
Sufrimiento liberador	126
La soledad que esclaviza	127
La oración que libera	129
La enfermedad que nos resucita	130

Trigo y cizaña	131
Despojarnos de la cizaña	132
Conversión	134
No desesperar	134
No mirar para atrás	135
Mirar hacia adelante	136
Orientación matrimonial	137
Los esposos deben evangelizarse	138
Más allá de la moral: el amor	140
La caridad comienza en casa	141
Testigos del amor de Cristo	143
Defender el amor y la vida	143
Pedir consejo y dialogar	145
Superar los errores con paciencia	147
Consagrar el amor carnal	147
Ser generosos y abiertos a la vida	149
Educación	150
La responsabilidad de los que saben	151
Muerte y resurrección	152
EPÍLOGO	153
¿Qué reflejo de la personalidad de Mons. Romero proyectan sus cartas personales? .	153
¿Qué mensaje contienen las cartas personales de Mons. Romero?	158
¿Qué importancia reviste la forma epistolar? .	160
REFERENCIAS EPISTOLARES	163

Este libro va dedicado con todo el cariño a todas las personas que de un modo u otro tuvieron un aprecio a la persona de Monseñor Romero y al modo como desempeñó su tarea pastoral en la archidiócesis de San Salvador.

También va dedicado, y con mayor amor cristiano, a todos aquellos que no le supieron apreciar desde el Evangelio, a quienes le tuvieron alguna inquina o, sencillamente, le desearon el mal.

Para que le aprecien más quienes le tuvieron cariño; para que le conozcan mejor quienes no le conocieron; para que se sientan amados de él los que le odiaron en vida.

PRÓLOGO

Jesús Delgado es un testigo especial de la vida de Mons. Romero. Fue su secretario y estuvo con él en numerosos acontecimientos difíciles durante sus tres años como arzobispo, como el asesinato del Padre Rutilio Grande y las discusiones sobre la «misa única», y hasta el fatal 24 de marzo de 1980, cuando el arzobispo fue asesinado en el altar. La mañana del día 24 de marzo, Romero había aceptado la oferta del Padre Jesús, preocupado por los riesgos a los que Monseñor estaba expuesto, de sustituirle en la misa vespertina que iba a celebrarse en la capilla del hospital cerca de donde vivía. Después cambió de idea, prefirió ser él quien celebrara. Durante la misa, en memoria a una conocida suya, Romero fue asesinado. Los familiares de la difunta habían anunciado la misa en los periódicos, y quienes querían asesinar al arzobispo se habían organizado.

El Padre Jesús ha conservado con mucho cariño los recuerdos de Óscar Romero desde 1980 hasta la actualidad. En 1986 publicó *Óscar A. Romero. Biografía* (coedición de UCA, de San Salvador, y editorial San Pablo, de Madrid), un recuerdo de Romero en tono

participativo, pero recordado con rigor histórico y documental, con el fin de que fuera un referente imprescindible para cualquier estudio sobre el arzobispo mártir. Aunque escrita en el clima de la cruenta guerra civil, cuando hablar sobre la verdad podía costar la vida, esta biografía no carece de nombres ni de responsabilidad. Merece la pena mencionar aquí el juicio sobre el libro que emitió en 1990 Mons. Arturo Rivera y Damas, luego pastor conocido por su carácter afable y la profundidad de su pensamiento, amigo de los pobres, igual que Romero, a quien consideró «su mejor amigo» durante sus tres años de arzobispado.

Mucho se ha escrito sobre la persona, la obra y las palabras de Mons. Romero. Ninguno de estos escritos me ha satisfecho plenamente. Algunos autores han presentado a Mons. Romero como modelo del cristiano que lleva hasta las últimas consecuencias su opción preferencial por los pobres, pero se han equivocado al presentar esta opción como un arma político-revolucionaria. Otros pretendieron defender la personalidad del arzobispo ante sus enemigos a costa de denigrar la personalidad de estos últimos. Casi todos los escritos que he leído hasta ahora sitúan al obispo que fue la voz de los sin voz en el contexto político de su tiempo, lo que no está mal, pero subrayan tanto este aspecto que acaban perdiendo de vista la dimensión propia de su personalidad, que era sacerdotal. Al mismo tiempo, la lectura de

la biografía del Padre Jesús Delgado ha despertado un gran interés en mí por su objetividad [...] Delgado centra la personalidad de Mons. Romero en la que fue su grandeza: su sacerdocio. Revolucionario, si que quiere, pero con la violencia del amor. No estoy de acuerdo con quienes escribieron libros y folletos llenos de rencor y reivindicaciones violentas y que presentaron a Mons. Romero como aquel que traicionó su sacerdocio e ingresó en las filas de una revolución histórica de la sociedad.

Tras la biografía, el Padre Jesús siguió ofreciendo la verdadera imagen del Romero que él conoció a través del estudio de sus cartas privadas, que se conservan en el arzobispado de San Salvador. Recuerdo un informe del Padre Jesús sobre la cultura de Romero en una conferencia que di en 2001, cuando era obispo de Termini. Después escribió otro libro, sobre historia y teología, a propósito de la espiritualidad del obispo mártir: *¡Sacerdote! Porque así vivió Mons. Óscar A. Romero*, publicado por las ediciones de la Arquidiócesis de San Salvador en 2010. Pero, más allá de los escrúpulos científicos con los que el Padre Jesús ha defendido la imagen histórica de Romero, tenemos que fijarnos en la pasión personal de este humilde sacerdote, que se encontró viviendo con Monseñor terribles y confusos momentos históricos para su patria y para su Iglesia, cuya única guía era la fidelidad al Evangelio y al magisterio.

El Padre Jesús quería mucho a Romero, y por ello Mons. Rivera Damas lo envió por todo el mundo como representante de la archidiócesis de San Salvador para conmemorar al mártir, predecesor suyo. Así fue como conocí a Delgado en 1982, cuando fue a Roma para presentar la figura de Romero, con afecto pero al mismo tiempo preocupado por la autenticidad, en la basílica de Santa María in Trastevere, de la que ahora soy párroco. En dicha ocasión también Juan Pablo II quiso recibirlo, y lo escuchó y le agradó enormemente, como se hizo evidente cuando, en la visita a El Salvador, se desvió del programa oficial, que lo alejaba de la tumba de Romero, para acercarse a rezar sobre sus restos mortales, tras recorrer calles desiertas y esperar durante largo tiempo a que encontraran las llaves de la catedral para poder entrar; así de imprevista y tenaz fue su decisión de acercarse a Romero. Posteriormente, Juan Pablo II recordó de forma especial a Romero durante la conmemoración de los «nuevos mártires» durante el Jubileo del año 2000, insertando su memoria, ausente en el texto que se había preparado previamente, en el *Oremus* final.

Demos gracias al papa Francisco por el decreto de beatificación del arzobispo Óscar Arnulfo Romero, firmado el día de san Óscar en el calendario latino. Es un don extraordinario para toda la Iglesia en este comienzo de milenio ver elevar a los altares a un pastor que ha dado la vida por su pueblo. Lo es también para

todos los cristianos, como muestra la consideración de la Iglesia anglicana, que ha colocado la estatua de Romero en la fachada de la catedral de Westminster, junto a la de Martin Luther King y Dietrich Bonhoeffer, y lo es asimismo para toda la humanidad, que ha visto en Romero a un defensor de los pobres y de la paz. Nuestra gratitud se extiende también al papa Benedicto XVI, que ha seguido la causa de beatificación de principio a fin y que el 20 de diciembre de 2012 –a falta de poco más de un mes para su renuncia– favoreció la reanudación del camino ordinario.

Sin el esfuerzo por reconstruir al auténtico Romero acometido por el Padre Jesús Delgado, tras treinta y cinco años de testimonios, de investigación, de reflexiones, de escritos, habría sido más difícil preparar la documentación que ha convencido a teólogos y cardenales romanos a discernir el martirio *in odium fidei* de la muerte de Romero. El proceso de beatificación es arduo, y por eso ha requerido una profundización histórica y teológica excepcional a la que el Padre Jesús ha contribuido enormemente. Le damos ahora las gracias por su último trabajo documental.

Mons. VINCENZO PAGLIA
Presidente del Pontificio Consejo para la Familia
y postulador de la causa de beatificación
de Mons. Romero

INTRODUCCIÓN

A nadie se le escapa la singular grandeza que nimbó a la persona de Mons. Romero. Su vida es la historia de un llamamiento especial que Dios hizo a un hombre especial para un momento especial.

La personalidad de este hombre de Iglesia es ampliamente conocida por el servicio sacerdotal que prestó por igual a pobres y a ricos; y por la misión profética que desplegó en un momento crítico de la historia de El Salvador para llamar a la conversión a todos y para prestar su voz a Dios en defensa de los desprotegidos, marginados y perseguidos de la sociedad salvadoreña.

Mons. Romero despertó con su palabra profética la conciencia de todo un pueblo muerto en vida; y comenzó a escribir con su sangre el Evangelio de la liberación del pecado que tenía esclavizado a su pueblo, pueblo de Dios por el que él había consagrado su vida en el sacerdocio.

Mons. Romero fue un profeta

Tengamos en cuenta, sin embargo, que este profeta salvadoreño de la década de los setenta no fue tomado

del sector laical de la Iglesia, sino del sacerdotal. Detalle no solo interesante en su vida, sino esencial para su persona, pues es la clave para comprender su mensaje y su obra.

Mons. Romero fue ante todo un sacerdote: primero sumergido en libros y papeles; luego codeándose con gente de la alta sociedad para construir una catedral; por fin, puesto por Dios en el corazón de las masas como arzobispo, en la archidiócesis de San Salvador, para ser profeta suyo ante los salvadoreños. De este tiempo datan sus homilías, que contienen lo esencial del mensaje profético que el Señor puso en su boca.

¿Eran sus homilías un altavoz de ideas que otros le sugerían, como algunos han pensado, o eran expresión de sus convicciones personales?

La correspondencia privada de Mons. Romero nos ayudará a responder a esa pregunta.

La correspondencia

Disponemos de una correspondencia copiosa de Mons. Romero. Suman más de cinco mil las cartas que de él conservamos.

Vamos a prescindir de la correspondencia oficial que el arzobispo mantuvo con órganos oficiales de la Iglesia y del Estado. También prescindimos de la correspondencia administrativa y jurídica que generó el hecho de

ser arzobispo y obispo de una diócesis. Nos quedamos con la correspondencia estrictamente personal.

La correspondencia privada

La correspondencia privada es interesante para conocer los sentimientos e ideas de una persona, a veces los más íntimos. Es raro que este tipo de correspondencia sirva para hacer propaganda de ideas o para justificarse de acusaciones.

Por ser esencialmente documentos escritos, las cartas personales de Mons. Romero nos introducen en el ámbito psicológico diferente al de las homilías. Es un rico material que nos puede servir para descubrir las convicciones de fe que fundamentaron el compromiso profético de Mons. Romero con el hombre y los planteamientos teológicos de que se sirvió para dar razón de su esperanza como hombre Iglesia.

Técnica

La técnica de que se sirvió Mons. Romero para contestar personalmente a sus correspondientes fue la siguiente.

Tenía Monseñor una secretaría privada. Generalmente era ella quien abría las cartas, a menos que

viniese rubricada en el sobre con la consigna «confidencial», «estrictamente confidencial» o cosa por el estilo. Al abrir la carta y leerla, la secretaría escribía encima del encabezado de la misma, a lápiz, la síntesis del contenido o una palabra que calificaba el motivo, por ejemplo: «solidaridad», «pide consejo», «amenaza anónima», etc.

Acto seguido, Mons. Romero recibía el fardo de cartas clasificadas según el motivo o contenido; las revisaba personalmente y devolvía de inmediato a la secretaría aquellas que solamente exigían una respuesta formal. Se quedaba con las que exigían una respuesta personal.

En una tarjeta de cartulina blanca, el arzobispo escribía de su puño y letra la parte medular de la respuesta que quería dar a la persona interesada.

Luego la devolvía a la secretaría para que, en una hoja de papel carta, insertara la respuesta que él daba al corresponsal. Cosa que hacía la secretaría insertando dicha respuesta entre el acostumbrado encabezado y el pie de página o saludo de despedida. Terminada la redacción de las cartas, la secretaría las devolvía al arzobispo quien, luego de leer su contenido, las firmaba.

El arzobispo exigía a la secretaría quedarse con una copia de cada respuesta epistolar, para archivarla.

Este libro

De este material echaremos mano para acercarnos de nuevo a la rica personalidad de Mons. Romero, y por este surco privado y escondido de su vida hacernos una mejor imagen de su persona.

Es impresionante constatar la confianza que los feligreses de la archidiócesis y de las diócesis foráneas de El Salvador tuvieron en Mons. Romero. A mi modo de ver es un fenómeno poco frecuente en la historia eclesiástica de El Salvador; es un *kairós*, un momento de acercamiento a Dios.

Comúnmente, la gente presume que los obispos viven ocupados en miles de cosas y que por eso no se atreven a escribirles. Además, todavía no hace mucho, la gente sencilla veía a sus obispos codearse con los sectores poderosos de la sociedad y, a algunos de ellos, según el parecer de la gente, bastante distanciados de los gozos, esperanzas y angustias de los pobres del pueblo.

El pueblo de Dios sintió, en cambio, a Mons. Romero muy cerca de él, preocupado de sus dolores y angustias, interpretando humanamente su situación y valorando cristianamente sus aspiraciones. La cátedra que la Iglesia puso a su disposición, este arzobispo la aprovechó justamente para ser voz de los que no tienen voz, y para llamar a la conversión a los que Dios ha dado poder, riqueza y ciencia para servir a los más humildes del pueblo.

El pueblo sintió la cercaría amorosa de Mons. Romero, todavía más íntima y personal cuando pedía consejo, luz, consuelo, fortaleza y valentía para permanecer firmes en la fe, y recibían respuesta de él.

Católicos y no católicos de todo rumbo y región de El Salvador llenaron de cartas el escritorio de Mons. Romero con sus quejas y dolencias, con sus angustias y esperanzas, con sus gozos y desesperaciones.

Ordenación y uso del material

Al hacer uso de este precioso material vamos a ordenarlo según el esquema «pensamientos y consejos». Huelga decir que su división es meramente práctica, pues no es fácil a veces deslindar un consejo de un pensamiento.

Con frecuencia hay repeticiones de ideas y conceptos. Es inevitable, porque son pensamientos tomados de diferentes cartas. Pero el lector se dará rápidamente cuenta de que hay matices nuevos en pensamientos y consejos que parecen repetirse.

Vamos a tomar de cada carta la parte medular, suprimiendo cada vez las partes de cajón, introducción y saludos de despedida.

Vamos a respetar la privacidad de las personas a quienes él respondió. De modo que en las notas de este escrito citaremos la fuente según este esquema:

Carta a _____ (nombre de la persona e inicial de su apellido), del _____ (día en que fue respondida), de _____ (año).

* * *

Sirva este libro para edificar nuestra fe, conocernos mejor y formar entre nosotros la comunidad fraterna que tanto deseó Jesús.

Agradezco a todos los que de una manera u otra han hecho posible su elaboración.

El primer lugar, a Dios Padre Todopoderoso, a su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, y al Espíritu divino.

En segundo lugar, a Mons. Óscar Arnulfo Romero, por la ejemplar vida de pastor que nos brindó y por el material de sus cartas que tan cuidadosamente conservó.

En tercer lugar, a Mons. Arturo Rivera Damas (Q.D.D.G.), por haberme dado la misión evangelizadora de escudriñar la historia de nuestra Iglesia, la de sus hijos y la de sus servidores.

En cuarto lugar, a Mons. Ricardo Urioste, por sus atinados consejos, y al Padre Rafael Urrutia por su colaboración.

En quinto lugar, al licenciado William López y al licenciado Jaime Aguilar, por su colaboración técnica.

Y, por fin, a todos los feligreses de San José de la Montaña, por su comprensión, y por aceptar con amor que dedique un tiempo diario del servicio parroquial a la evangelización por medio del libro,

1

PENSAMIENTOS

La Iglesia en que vivimos

El Salvador es un país pequeño, sufrido y trabajador. Aquí vivimos grandes contrastes en el aspecto social, marginación económica, política, cultural, etc. En una palabra: INJUSTICIA. La Iglesia no puede quedarse callada ante tanta miseria, porque traicionaría el Evangelio, sería cómplice de los que aquí pisotean los derechos humanos. Esto ha sido la causa de la persecución a la Iglesia; su fidelidad al Evangelio (de la carta a S. Wagner). [1]

Durante muchos años en la Iglesia hemos sido responsables de que muchas personas vieran en la Iglesia una aliada de los poderosos en lo económico y político, contribuyendo así a formar esta sociedad de injusticias en que vivimos. Dios nos está hablando a través de los acontecimientos, de las personas. Nos habló a través del Padre Rutilio, del Padre Navarro, de los campesinos, etc. Nos habla a través de la paz, de la esperanza que sentimos aun en medio de tanta tribulación (de la carta a Alfredo T.) [2]

Realmente es digna de preocupación la situación actual en la que dentro de un mismo país contemplamos sangrientas luchas entre hermanos. En nuestro ambiente se debe al egoísmo de los que mandan y poseen. Ellos construyen el reino de la injusticia, porque sus acciones van destinadas a conservar únicamente su posición (de la carta a Paula J.) [3]

Aquí donde el hambre deja su huella en tantas vidas cobradas a temprana edad, niños desnudos y desnutridos, campesinos en situaciones urgentes de necesidad. Aquí donde la injusticia hay que llamarla por su propio nombre, donde la miseria tiene rostros bien concretos, y es en este tiempo y en este momento de nuestra historia donde el Señor nos llama como Iglesia a construir el REINO DE DIOS (de la carta a Bamdoux H.) [4]

La Iglesia local, aquí y hoy, continúa dolorosamente su calvario, siguen los atropellos a los cristianos comprometidos a llevar el mensaje a sus hermanos, sobre todo en los cantones de algunas parroquias, varios muertos y otros atropellados. Por eso no dejaré de suplicarle siga encomendándonos en sus oraciones, las necesitamos para ser fieles (de la carta a Diego de P.) [5]

Es pública la situación que estamos pasando, quien más quien menos, muy pocas familias conservan la amistad, y las que podrían ayudarle a Usted, esas se han retirado a mi confianza, en

vista de eso le suplico me disculpe, por ahora no puedo hacer nada por su situación, será en otra oportunidad (de la carta a Aura M. Z.) [6]

La situación social de El Salvador es tremendamente injusta. Vivimos en pecado social. La Iglesia está tratando de hacer llegar su voz a todos los ambientes para que tomemos la responsabilidad como cristianos de vencer el pecado y construir la hermandad en base a la injusticia (de la carta a Johan y Clara v. D.) [7]

Comentario

La situación social salvadoreña, tan contraria a las enseñanzas del Evangelio que Mons. Romero describe en sus cartas, no era nada nuevo para él.

Nacido en 1917, no fue sino hasta principios de la década de los treinta cuando Óscar Romero despertó conscientemente a la realidad de la vida de los salvadoreños, golpeados por la recesión y terriblemente diezmados en su economía por la baja notable que experimentaron los productos centroamericanos en el mercado mundial. Movimientos revolucionarios de toda etiqueta vieron entonces llagada su hora para hacer tambalear al poder oligárquico que había gobernado en el siglo XIX sin mayor oposición de parte del pueblo y dar una oportunidad a las clases sociales hasta entonces sacrificadas.

Pero los civiles en el poder incrementaron su tiranía hacia los sectores sociales que aspiraban a promoverse; para ello crearon cuerpos militares de seguridad para los bienes agrícolas de los terratenientes; el método de acción de esos cuerpos al principio fue disuasorio, para desalentar a los que intentaban lanzarse a alguna reivindicación social.

El despertar revolucionario de los salvadoreños, que en su raíz no tuvo vinculación alguna con movimientos internacionales, coincidió, sin embargo, con la rápida expansión del comunismo soviético, tras el éxito de la revolución bolchevique, en Rusia, en 1917. De modo que la humana y nacionalista reivindicación de los salvadoreños se vio rápidamente envuelta de la ideología internacionalista comunista.

El fantasma comunista cubrió entonces con su sombra a todos los países del istmo centroamericano y la fuerza militar se constituyó de hecho en garante del orden que los civiles ya no podían asegurar. Los cuerpos de seguridad pasaron del método de la disuasión al de la represión. Miles de campesinos cayeron bajo el machete y el fusil de sus propios hermanos campesinos vestidos de soldado.

La dictadura civil cedió su puesto a una militar, que quiso justificarse desde el principio con programas de reformas sociales a favor de una clase media que aspiraba a levantar cabeza en el país. Por ese tiempo entraron en el escenario político de El Salvador

nuevas fuerza, creando una coyuntura histórica interesante; pero, en ese preciso momento, el joven Óscar Romero se recluía en los recintos del seminario y pocos años después se alejaba de su tierra para estudiar en Roma.

Como podemos comprender, el joven estudiante Romero no tuvo en ese momento ni edad ni formación suficiente para darse cuenta de lo que acontecía en su propio país, mucho menos para analizar y valorar la trascendencia de aquella coyuntura tan importante para el futuro de El Salvador.

A su regreso de Europa pudo cobrar conciencia de todo lo que acontecía en su país; pero tampoco entonces se dio al análisis de la realidad en que vivía, porque, en sus años de juventud sacerdotal, el Padre Romero miraba la realidad de su país desde la ventana sagrada de la santidad sacerdotal y de la perfección personal. Fueron años en que creyó profundamente que la oración era la aportación de un sacerdote a la causa de la justicia.

Su fe, todavía centrada en el culto, consolidaba su piedad, pero no le ayudaba a vislumbrar el camino de un compromiso más directo en el mundo. Como hombre de oración y de culto, el Padre Romero estaba seguro de que no pertenecía al mundo, aunque todavía no estaba seguro de cómo hacer para actuar más eficazmente en el mundo y ayudar a erradicar la injusticia sin hacerse cómplice de ella.